

La pureza del amor de la Santísima Virgen

Queridas hijas,

La última vez, al hablarles de la Santísima Virgen, hubo una o dos cosas sobre las que no pude desarrollar mi pensamiento. He sentido el deseo de volver sobre ellas. Me gustaría llamar vuestra atención sobre la pureza del amor de la Santísima Virgen por Dios. Este amor tan puro, tan generoso, tan perfecto, es el modelo del nuestro. Solo podremos imitarlo mediante la abnegación: es este punto el que lamento haber pasado por alto demasiado rápido.

ingresamos en la religión, lo que buscábamos sobre todo era el amor de Dios. Amarlo cada vez más, alcanzar el amor perfecto, es lo que se proponen las religiosas, es hacia allí donde dirigen sus esfuerzos. Pero para amar a Dios de manera perfecta, para imitar a la Santísima Virgen, hay que apartar lo que se interpone entre nosotras y el amor de Dios. Ese es el comienzo, eso es lo que siempre se predica. Nuestro Señor lo dice en su Evangelio: *El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo*¹²⁶.

Estamos unidos a nosotros mismos por muchos lazos. La mortificación rompe los más inferiores y nos libera de lo que, en la búsqueda de los bienes del cuerpo, se interpondría entre nosotros y Dios. Y como la posesión de los bienes de este mundo permite tener todo lo necesario para el bienestar, la pobreza también nos libera y nos separa del bienestar. Me gustaría que cada una de vosotras se examinara a sí misma en este punto, que viera si lo que necesita, sus comodidades, su bienestar, no ocupan y perturban a veces su alma. Para liberarnos de ello, nuestro Señor nos recomienda tanto la renuncia, la mortificación, la pobreza, *Bienaventurados los pobres de corazón* ¹²⁷, para que el amor a los bienes de este mundo, a las comodidades del cuerpo, no venga a perturbar el alma e impedirle ir a Dios con pureza, ardor y libertad absoluta.

Nada más fácil que volver a la Santísima Virgen para verla en esto como un modelo. Sabéis lo que dicen los santos de su vida. Usaba las cosas de este mundo lo menos posible, vivía en la pobreza, no se acostaba, no tomaba alimento y todo lo que sirve para vivir, lo necesario para no morir.

No nos atreveríamos a pensar que ninguna comodidad, ninguna cobardía, ninguna repugnancia al sufrimiento pudo detener a esta alma tan santa. Esto es algo en lo que hay que meditar, porque, al avanzar en la vida, podemos caer en esas debilidades que creíamos haber vencido en nuestros primeros esfuerzos.

Otro impedimento más íntimo, más universal, es el orgullo del espíritu. Ser estimada, ser considerada importante, ¿quién puede decir que nunca en su vida se ha preocupado por estas nimiedades? En lugar de amar a Dios, de tender hacia él con todas nuestras fuerzas, nos preocupamos por el éxito o el fracaso, por la estima o la falta de estima, por el desprecio, por lo que nos aniquila. Nos aflige que nos tengan en cuenta por nada, ocupando el último lugar, por no ser objeto de confianza. Todas estas cosas que nos preocupan y que tienen que ver con el orgullo del espíritu, si se interponen entre Dios y el alma, impiden que el alma alcance el amor perfecto.

La Santísima Virgen se acercaba a Dios con plenitud, porque su humildad era profunda. Sobre esta maravillosa humildad se injertaron todas sus gracias y todas sus virtudes. Rica en todos los dones de la naturaleza y de la gracia, estaba totalmente vacía de sí misma. Por eso nada le impedía ir hacia Dios con la plenitud de su amor.

125. Capítulo corregido por madre Marie-Eugénie. Párrafos enteros son de su puño y letra.

126. Mt 16, 24.

127. Mt 5, 3.

Hay una tercera cosa que también tiene que ver con el orgullo y que detiene al alma en su vuelo hacia Dios: es una cierta búsqueda del corazón, susceptibilidades, exigencias, necesidades de ser objeto de un amor preferencial. Cuando todo esto pasa por el corazón

humano, ya no se es libre para ir a Dios con todo su amor. Las virtudes no pueden ejercerse en su interior. La pobreza de espíritu, la humildad, la abnegación y la caridad misma disminuyen. Ahí es donde el espíritu de sacrificio es la gran fuerza. Ahí es donde se necesita la pureza del amor: no querer más que a Jesucristo, no amar más que a Jesucristo, buscarlo solo a él.

¡No es que ya no amemos a las demás criaturas! La Santísima Virgen, cuyo amor por Dios era tan puro, tenía mucha más caridad que todas las criaturas juntas. Los santos también tuvieron amistades tiernas, pero bien ordenadas. No las referían a sí mismos. En lugar de susceptibilidades y búsquedas propias, querían dar y encontrar a Jesucristo.

En todo esto, bajo estas tres formas diferentes, es el yo que ponemos entre Dios y nosotros lo que impide al alma alcanzar la perfección del amor. ¿Hay acaso algo mejor para la criatura que tender sin cesar hacia Dios y dejarlo todo para encontrarlo? Entiendo bien, hermanas, que no es tarea de un día. Pero también sé que el celo, la pureza y la fidelidad del amor pueden acortar el camino. Entendamos al menos que es ahí donde hay que apuntar sin cesar. Creed que es un gran avance haberlo comprendido bien. Por eso he querido decirlo durante este mes de la Santísima Virgen.

Los santos han llamado a María la Madre del Amor Hermoso. ¿Por qué? Porque es ella quien, por una gracia especial, da a las almas un amor santo, perfecto, un amor hermoso, sin mancha, sin tacha, capaz de toda generosidad, de toda abnegación. Un amor que quiere darlo todo a Dios, sacrificarlo todo a Dios, ir a Él de forma sencilla y perfecta. Entonces, hermanas, se establece un gran bien en el alma: la paz.

Nos sorprende ver que los santos, en medio de sus austeridades, sus pruebas, su soledad, disfrutaban de una unción, de una felicidad perfecta. ¿De dónde viene esta felicidad perfecta? Es que, por su mismo renunciamento, van directamente a Dios, que su amor se derrama en ellos y que, como consecuencia de su generosidad, nada se interpone ya entre su alma y Dios.

Este es el estado más deseable en la tierra. Es ahí donde deben Esforzarnos por imitar más de cerca a la Santísima Virgen, alcanzar la pureza del amor y, con ello, la paz del alma en unión con Jesucristo. Esforzarnos por imitar más de cerca a la Santísima Virgen, alcanzar la pureza del amor y, con ello, la paz del alma en unión con Jesucristo.